

Reseña bibliográfica

¿POR QUE LA ROPA DEL EMPERADOR NO SE CONFECCIONA EN COLOMBIA? Morawetz, David FEDESARROLLO, próximo a publicarse.

Traducción de un informe del Banco Mundial

El estudio de Morawetz que se comenta —luego de haber contribuido arduamente a vertirlo al español— está escrito en forma aguda, hasta cabría decirse, que pungente. Por ello, el lector podría quizás prevenirse contra él, máxime si se tiene en cuenta que en eso de “guardar la imagen” somos muy celosos¹. Pero, gústenos o no que nos digan ciertas cosas, la verdad es que penetrar en el arcano de las razones por las cuales el Emperador nos está abandonando, no se puede dejar de considerar importante. Al respecto, el autor presenta hechos irrefutables, de esos que, a pesar de molestar muchas veces, debemos tener presentes los colombianos. Pueden destacarse cuatro aspectos fundamentales:

1. *La política de exportaciones, iniciada en 1967, no ha tenido la continuidad deseable.* Sobre el particular las cifras son muy claras: la tasa de cambio efectiva real ha descendido al nivel del mencionado año, luego de haber crecido hasta 1973-74. Ello significa que *varias* circunstancias —inflación doméstica, rigidez cambiaria, incentivos— no han sido en los últimos años favorables al crecimiento sostenido a largo plazo de las exportaciones. En consecuencia, Morawetz, autor dispuesto a no escatimar verdades que pudieran causar prevención, nos da una lección —más o menos tácita— fundamental: “hay que cambiar las políticas”. Cosa que en sí no resulta muy discutible. Luego veremos sus matices.
2. *Los exportadores no parecen ser conscientes de la importancia de la calidad, la puntualidad en la entrega y la elevada productividad, para poder compe-*

¹ Vicio al cual, como se verá, no escapa este modesto comentarista.

tir adecuadamente en los mercados mundiales. En este sentido los datos son también implacables: historias ilustrativas que llegan a aparecer en el *Business Week*, cifras fundamentadas de la baja productividad en Colombia y demoras injustificadas en la entrega de los pedidos, relacionadas también con el paso por el arduo laberinto de la burocracia (seis semanas en promedio, la mitad del ciclo en la industria de las confecciones²). Por otra parte, los exportadores prefieren vender a precios domésticos más altos con menores "necesidades" de los clientes³.

3. *La baja productividad es también atribuible a los obreros, por temor a trabajar más duro o cosas así, según el autor.* Ello indica que, para usar un giro de economista, tenemos una actitud adversa al cambio tecnológico. A pesar de que los trabajadores muchas veces son conscientes de que nuevas máquinas y nuevos sistemas de organización del trabajo pueden redundar en mejores salarios y prestaciones, no quieren adaptarse por "circunstancias culturales" que también afectan a quienes los dirigen en las fábricas⁴.
4. *Detrás de las cifras se esconde un no muy enigmático hecho: las exportaciones son y no son —y no son y son— y resultan en ello comprometidos el Estado y los particulares.* Todos hablamos de la economía subterránea, término muy elegante, por cierto, pero no nos percatamos de que, como dice el ensayo en referencia, "los sectores ilegales de la actividad económica difícilmente se conocen en otras regiones de América Latina"⁵. Y lo afirma el autor, luego de haber prácticamente demostrado siguiendo su método inductivo, que lo que dice de la exportación de confecciones es, por lo general, aplicable a otros productos manufacturados que se colocan en el mercado internacional y extensivo a los demás países latinoamericanos.

El panorama no podría ser más desolador. Gobierno, empresarios y trabajadores —todos los interesados en "la producción, la distribución y el consumo"— coadyuvan para que nuestras exportaciones no sean competitivas en el exterior ni por precio ni por calidad. La política oficial no refleja aunque sea en parte sus errores en un adecuado ajuste de la tasa de cambio y la espiral inflacionaria no cesa. Empresarios y obreros son adversos al cambio tecnológico, las cosas se hacen muchas veces mal y la productividad es baja. Por si fuera poco, un elegante espectro se pasea por la economía colombiana y hasta "mete su mano" tan descaradamente que las estadísticas no son sólo mentiras —cosa un poco inherente a su esencia según los escépticos— sino incluso "malditas mentiras"⁶.

² Morawetz. *Op. cit.* p. 155. Las citas corresponden al original en inglés (documento del Banco Mundial).

³ *Ibid.*, p. 142 y ss.

⁴ *Ibid.*, p. 172 y ss.

⁵ *Ibid.*, p. 211.

⁶ *Ibid.*, p. 7. El autor cita a Disraeli: "Hay tres tipos de mentiras: mentiras, malditas mentiras y estadísticas".

¿Cómo salir de semejante "enredo"? El autor nos indica algunos caminos:

1. Devaluar *adecuadamente* ("los subsidios como el CAT no son del todo viables por los derechos compensatorios", nos recuerda Morawetz⁷).
2. *Liberar* las importaciones. Así, los empresarios que hoy gozan de su oligopólico poder en el cautivo mercado interno —muchas veces con pocas exigencias de productividad, calidad y cumplimiento— se verán forzados a mejorar su desempeño como exportadores y hasta como productores.
3. *Organizar cursos* de ejecutivos norteamericanos y europeos, y *promocionar* los viajes de estudio, trabajo y "contacto con la cultura".
4. Establecer, como en Formosa e Israel, un *subsidio indirecto* a las exportaciones, otorgándolo a las ventas internas de insumos que luego se incorporan a productos finales que se venden en el mercado mundial (el sobreprecio documentado en las telas, por ejemplo, claramente se podría enfrentar con este tratamiento).
5. *Agilizar los trámites* en las aduanas y el Incomex (Plan Vallejo, especialmente).
6. El autor no lo dice expresamente, pero es así, *moralizar* la administración pública e incluso el ambiente general del país.

¿Qué podría decirse de las conclusiones y opciones de política económica —y no tan económica— que plantea el autor? Sin duda, en la presentación de los hechos podríamos controvertirle algunos aspectos de matiz que son dignos de tenerse en cuenta.

En lo atinente a *devaluación y liberación de importaciones*, acciones más específicamente relacionadas con la política económica, que, consideradas desde el punto de vista de las exportaciones y su competitividad relativa con productos del mercado mundial, la primera tendería a contrarrestar la segunda, ya que, al disminuir el poder de compra de la moneda en el exterior, las importaciones se encarecen. Teniendo en cuenta que el arancel nominal promedio de Colombia es de cerca del 28%, y que, según Morawetz, habría que devaluar por lo menos el 15%, para evitar que las dos políticas se *neutralizaran*, se haría necesario disminuir el arancel en más de quince puntos nominales, una baja bastante significativa de *más del 50%*. En otras palabras, "argentinizarnos" o "chilenizarnos".

La alternativa, si bien drástica y efectiva en materia de problemas de eficiencia y productividad, puede ir demasiado lejos. Múltiples firmas han quebrado en el Cono Sur y el desempleo, poco a poco, se ha ido disparando. Cabe recordar la anécdota de un investigador chileno que pasó hace algunos años por FEDESARROLLO y que puede resumirse así:

⁷ *Ibid.* p. 65 y p. 163.

“Antes teníamos con qué comprar —había producción, ingreso y empleo— pero teníamos que pagar caro por cosas malas; ahora no tenemos con qué comprar —la producción va mal y no hay ingreso ni empleo— pero, si pudiéramos, dispondríamos de cosas buenas y baratas”.

En asuntos económicos las disyuntivas son frecuentes y todo, por desgracia, tiene un costo y un beneficio. Por consiguiente, la afirmación de que *la política macroeconómica ha vacilado, por consideraciones de excedentes de la balanza de pagos, ante un dilema más o menos falso*⁸, habría que matizarla bastante. El dilema que se plantea es no sólo válido en términos cambiarios de “bonanza cafetero-marimbera”, inflación, exportaciones y devaluación, sino también en un encuadre macroeconómico con visos anecdóticos pero amplio y verdadero.

Con todo, lo cierto es que habría que propiciar en Colombia mejoras en la productividad y la calidad, así como un mayor cumplimiento en las entregas, es decir, romper la actitud adversa al cambio tecnológico de los sectores empresariales y laborales⁹. Respecto a estos puntos, el autor insiste en elaborar sofisticadas “hipótesis de trabajo” para intentar precisar la influencia de los factores “culturales”, cuya expresión verbal puede ser un poco difusa. ¿Es cierto que nos parecemos a los indígenas de Papua-Nueva Guinea en lo que hace relación a “valores espirituales vs. valores materiales”, aunque ello tenga que ver con nuestras ancestrales costumbres chibchas? En todo caso, el autor afirma que estamos a “alguna distancia” del extremo avanzado del “continuo” de las civilizaciones (Europa-Estados Unidos-China)¹⁰. Digamos entonces, por una parte, que todos los países americanos “nacieron a la vida moderna” con la llegada de los europeos —un poco antes los españoles que los ingleses, aún al actual territorio de los Estados Unidos—¹¹ y, por otra, que las civilizaciones indígenas del sur americano estaban, a la venida de los europeos, mucho más avanzadas que las del norte¹².

Así las cosas, si el patrón para juzgarnos son nuestros ancestros indígenas, *más presentes sin duda en el sur que en el norte*, tenemos un mejor “background”. Si, por el contrario, pensamos en los pueblos europeos, encontramos que los españoles en América establecieron una organización política y territorial mucho mejor que las trece colonias —y también mayor— y, desde el

⁸ *Ibid.*, p. 64 - 65.

⁹ Habría que considerar también a los burócratas de las *seis semanas*.

¹⁰ *Ibid.*, p. 183. El subrayado es nuestro.

¹¹ La primera ciudad fundada en ese país fue San Agustín en La Florida, algo más de una década antes de que se estableciera la colonia de Virginia.

¹² Recuérdese que conocían la astronomía y las matemáticas (se dice que los mayas son los auténticos inventores del cero) e hicieron imponentes construcciones, ante todo en Perú y México. Todo ello no puede ni soñarse en el norte. Nuestros chibchas, aunque menos avanzados, también superan a las tribus del norte.

punto de vista del "continuo" llegaron primero¹³ : algo así reconoce, para 1800 un serio historiador americano como Haring¹⁴ .

Sin embargo, el Inca, el Zipa y el Zaque (sí, teníamos dos "emperadores", lo que prueba el avance político) han desaparecido y hoy, como se dice, somos un país subdesarrollado. ¿Qué nos pasó? Es difícil dar respuesta, así de paso, a un interrogante tan hondo, pero reflexionar sobre nuestra *cultura* es, sin duda, un buen resultado que puede lograr el ensayo de Morawetz, así sus afirmaciones sean dudosas. De acuerdo con el dicho autóctono, "al toro hay que ponerle las banderillas". Sobre todo si quien lo hace es un súbdito del Emperador cuyo país avanza muy bien desde comienzos del siglo XIX. "Potencia en América, potencia en el mundo".

Esta digresión "histórico-cultural" debería ser obvia y, además, puede parecer, probablemente con razón, ajena a la materia que se está discutiendo. Definitivamente lo mejor que pudimos hacer Morawetz y el comentarista habría sido seguir el consejo de Epicuro que, como en la triste historia del desdén del Emperador por nuestra ropa, vale la pena citar: "Alza velas, querido muchacho, y navega a prudente distancia de la cultura".

Dejando de lado este rodeo, es bueno anotar que el problema del cambio tecnológico aludido, se fundamenta en otra de esas desagradables disyuntivas de la economía, más que en factores "culturales", aunque no pueda negarse la importancia de cosas como nuestro gusto por el "bon vivre" en pleno trópico. La productividad y el empleo abundante, "ceteris paribus", presentan cierta incompatibilidad y así lo perciben sagazmente los obreros. Quizás haya también claridad sobre el problema entre empresarios y funcionarios públicos.

En tal caso, lo mejor sería seguir de alguna manera el ejemplo del Japón: *máquinas modernas y salarios altos* (aprovechando los altos niveles de productividad) pero *crecimiento acelerado y sostenido para no hacer de la estabilidad laboral una rémora ni bajar el nivel de empleo*. En vez de modificar sustancialmente nuestro sistema de valores, convertirnos de veras en "el Japón de Suramérica".

Desgraciadamente, la escuela varias veces clásica, a la cual parece adscribirse Morawetz, no presenta respecto a este punto un recetario muy amplio, por estar más interesada en los "p" que en las "q" de los diagramas de oferta y demanda. Pero lo malo de la alternativa "keynesiana", ahora tan desacreditada y vilipendiada, es que su obsesión parecen ser las "q" en vez de los "p", con el consiguiente descuido de problemas como el de la eficiencia. Deben buscarse entonces alternativas, por así decirlo, pragmáticas y eclécticas. Por ejemplo, ir liberando paulatinamente las importaciones, pero, *simultáneamente*, estimular la modernización tecnológica y el crecimiento acelerado y sostenido.

¹³ The first but not the best?

¹⁴ Haring, C. H. *The Spanish Empire in America* (New York: Harcourt, Bruce and World Inc., 1963), p. 322.

Por otra parte, respecto a los *subsidios indirectos* a la exportación y la *agilización de los trámites*, no puede menos que reconocerse que son soluciones adecuadas, las cuales deberían ser consideradas seriamente por los gestores de la política económica colombiana.

En cuanto a los *cursos* y los *viajes*, éstos pueden ser hoy tan difíciles como en épocas del Inca y el Zipa. El Emperador no facilita la "movilidad internacional del factor trabajo", alejándose de los "modelos varias veces clásicos", sin que muchas veces sus súbditos economistas se percaten claramente del hecho. Además, aunque no hay centenares de idiomas como en la "prehistoria", la "historia" muestra hoy en día ciertas peculiaridades que pueden convertirse en un grave obstáculo para la difusión del "know-how"¹⁵.

Finalmente, en cuanto a *la indispensable persecución al elegante espectro de la "economía subterránea"* para que no siga haciendo de las suyas —motivando alusiones y críticas fundadas que pueden molestarnos— todo está por hacerse y sin duda hay que hacer algo. El autor, con delicadeza digna de agradecer, no nos dice qué. El comentarista, culturalmente colombiano, opina que debe hacerse *cualquier cosa, así tengamos que enviar al Emperador una embajada urgente con presentes dignos de su grandeza*. Claro está, él no aceptará en ningún caso "marimba" ni especies sucedáneas. Mucho menos confecciones.

Un último comentario al trabajo de Morawetz es indispensable, aunque casi que se trata de un matiz de un matiz: los orígenes de la baja productividad, ya que ellos pueden encontrarse en el factor humano o, más bien, en la mala disponibilidad de maquinaria. Aunque el autor se inclina más que todo a señalar los problemas humanos, lo cierto es que él mismo, al discutir un caso particular de mejoras de la productividad en los Estados Unidos, muestra que en las décadas del sesenta y el setenta, el tiempo de fabricación de una prenda específica ha disminuido *ante todo por razones mecánicas*¹⁶. Algo así quizás sea también verdad para Colombia y se necesiten nuevos equipos, bien distintos en todo caso a los telares del "año de upa".

Algo más. En lo concerniente a las mentiras, malditas mentiras y estadísticas, Morawetz vuelve la mirada con demasiada insistencia al año de 1974, teniendo en cuenta que el estudio se realizó alrededor de 1979. ¿Después, qué ha pasado? Podemos decir que parece más o menos evidente que ya no hay tantas exportaciones ficticias, como se afirma en el trabajo reseñado, pero parecen haber aumentado otros "rubros", como los de exportación de "servicios" y las, —llamémoslas así—, "importaciones fantasmas", que presentan un alto nivel de sobrefacturación¹⁷. Claro que el descuido no es impu-

¹⁵ *Ibid.*, p. 139. Ante todo el hecho de que "Bogotá no se encuentra en la ruta establecida a ninguna parte".

¹⁶ *Ibid.*, p. 110.

¹⁷ Cfr. Junguito y Caballero. *La otra economía* (Bogotá: FEDESARROLLO, 1978). Hasta 1978-79 se mantuvieron en el Incomex controles de precios más o menos rígidos, que luego se desmontaron por considerarse "poco transparentes".

table al autor porque él habla *solamente* de las exportaciones de confecciones por exigencias del método.

Hay factores no mencionados en el trabajo —o mencionados sin consideración detenida— que pueden tener una notable influencia en la pérdida de competitividad de las confecciones y demás manufacturas colombianas en los mercados mundiales. Citemos los que, a nuestro juicio, son más importantes:

1. La *crisis de la economía mundial* a partir de 1973, con la resultante baja de demanda por importaciones en los países desarrollados.
2. La consiguiente *devaluación del dólar* respecto a otras monedas “fuertes” a partir del mencionado años. Cálculos realizados por quien comenta, indican que la tasa de cambio efectiva real para los Estados Unidos pasó de un índice de 100 en 1974 a uno de *sólo* 81 en 1979, en tanto que para Europa, aunque también disminuyó, descendió durante el mismo período únicamente a un índice de 91. Así, las distorsiones recientes de los mercados monetarios mundiales son un factor adverso digno de considerar, sobre todo si se tiene en mente el mercado norteamericano, ya que explicarían *más de la mitad* de la pérdida de capacidad competitiva de las exportaciones colombianas. Con todo, ahora el dólar se fortalece.
3. Los *elevados costos del dinero* en Colombia en una situación de *altos niveles de endeudamiento de las empresas*. La consiguiente elevación de los costos totales de fabricación es un aspecto que también podría considerarse básico en la explicación de la pérdida de competitividad de las ventas externas en los últimos años. ¿Es éste un factor que está también detrás de los sobreprecios de las telas nacionales que presenta con claridad Morawetz? Debe recordarse que el crédito para exportación se “*subsidia*”, mientras que las tasas de interés se *disparan* en el mercado interno de dinero para financiar la producción doméstica.

Después de corroborar que todos los agentes comprometidos en el proceso de producción tienen responsabilidad en la pérdida de poder competitivo de las exportaciones —el gobierno no sigue política adecuadas, los empresarios se refugian en el mercado interno altamente protegido y fácil, los obreros son reacios al cambio tecnológico— y que hay mucho por hacer en los más diversos frentes, además de encontrar otros factores internos y externos que ayuden a explicarla, ¿si las cosas están tan mal, porque están mal, podemos concebir alguna esperanza?

Al respecto el estudio reseñado es optimista:

“A pesar de la aparente desolación del paisaje, es importante no perder la perspectiva. Hace diez años Colombia difícilmente exportaba algún artículo y pocos colombianos creían que la exportación a los mercados mundiales sería factible en las escalas de hoy. Si el sueño imposible se pudo realizar en una ocasión, probablemente pueda lograrse una vez más”¹⁸.

¹⁸ Morawetz, *Op. cit.*, p. 200.

Además, frente a las circunstancias del momento, ante tantos factores adversos, no estaríamos mal del todo si consideráramos que los empresarios colombianos, a pesar de un discutible gusto por el "bon vivre" propio del trópico, son algo así como magos. En consecuencia, lo que parece extraño no es que el Emperador no nos compre ahora la indumentaria propia de su elevado rango, sino que todavía nos tenga en cuenta cuando ocasionalmente toma la decisión de comprarse unos "jeans".

En síntesis, aunque el estudio de Morawetz, que ahora publica FEDESARROLLO en Colombia, hace planteamientos debatibles y deja de considerar algunos determinantes importantes de la pérdida de competitividad de las confecciones y demás exportaciones manufacturadas del país, nos presenta, de plano y contundentemente, aspectos de singular importancia, como quiera que comprometen a todos los agentes económicos, que nos indican, muy a las claras, que si seguimos por donde vamos no sólo perderemos la lucha por los mercados frente a la competencia del Asia Oriental. También echaremos por la borda una de las pocas políticas económicas adoptadas en Colombia que ha sido casi unánimemente alabada por autores nacionales y extranjeros: (Incluido Morawetz) la política de promoción de exportaciones iniciada en 1967, la cual durante cierto tiempo mantuvo su esplendor a lo largo de varios gobiernos. Por ende, debe agradecerse al Banco Mundial el haber auspiciado el estudio y al autor su valentía: él sólo es responsable de lo que dice, tal como categóricamente afirma en la introducción de su análisis.

Fernando Caicedo González